

Testimonios de vida en el teatro

TUC

50 AÑOS

Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, editores

Capítulo 4



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DEL PERÚ

Testimonios de vida en el teatro.

TUC 50 años

Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, editores

© Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, 2011

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2011

Avenida Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono (51 1) 6262000

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición:

Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Diseño de cubierta y
diagramación de interiores:

Charo Velásquez

Foto de carátula:

Francisco Adrianzén Merino. *Peligro a 50 metros* (1970)

Todas las fotografías reproducidas en este libro pertenecen al archivo del TUC,
salvo indicación en pie de foto.

Primera edición: octubre de 2011

Tiraje: 800 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2011-08650

Proyecto editorial: 31501361101432

ISBN: 978-9972-42-968-2

Impreso en Cecosami Pre Prensa e Impresión Digital S.A.

Calle Los Plateros 142, Ate.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.



SILVIO DE FERRARI



36-37

Silvio de Ferrari fue el primer presidente del TUC.

La aventura continúa

¿Valió la pena? Todo vale la pena...si el alma no es pequeña.

Fernando Pessoa

Se iniciaba la década del sesenta cuando nosotros, jóvenes llenos de inquietudes y alegrías, comenzábamos nuestros estudios en la Universidad Católica. La Plaza Francia era el *córnier* de una Lima a medias que nos acogía en los salones de la Recoleta. Fueron sin duda los últimos años en los que sonaban los viejos apellidos de una oligarquía sedentaria y decadente. Era un escenario que sorprendía a un joven que llegaba al Perú tras concluir sus estudios escolares en Europa para hacerse cargo de los negocios de la familia en el sur del Perú, en Tacna, donde el destino dieciocho años antes lo había visto inesperadamente nacer.

El Teatro de la Universidad Católica surge en

esos años, al concluir largos periodos de dictaduras militares y tímidos gobiernos civiles. Vivíamos una época de tensiones sociales y políticas bañadas por acontecimientos como la revolución cubana, la crisis de los misiles soviéticos y la amenaza de una confrontación nuclear con Estados Unidos, la muerte del «Che» Guevara, el trágico e incomprensible sacrificio de Javier Heraud, nuestro compañero de banco, y algo más tarde la llegada democrática de un gobierno socialista como el de Salvador Allende por primera vez en América.

Nuestra generación, que poblaba las aulas del primer año de Letras, compartía ideológicamente las

ideas de la Democracia Cristiana, confrontadas luego con las del social progresismo. En esos años, el partido aprista, perseguido y con sus líderes en destierro, se incorporaba con astucia a la política peruana a través de acuerdos o pactos cuestionables, silenciosos, a media voz.

Este sería en síntesis el marco referencial cuando un grupo de estudiantes de la Facultad de Letras, bajo el decanato del doctor José Agustín de la Puente y el rectorado de monseñor Fidel Tubino, se propuso una vez más continuar un movimiento teatral que, surgiendo de los salones, pudiera ofrecer un espectáculo auténticamente universitario. La obra fue elegida para un elenco numeroso porque un buen número de cachimbos y otros alumnos de años superiores mostraron interés. *Nuestra Natacha*, de Alejandro Casona, fue representada dos veces en los últimos meses de 1960 y luego llevada a diversos locales de colegios. *Nuestra Natacha*, un montaje sencillo más contagiado de entusiasmo que de grandes dotes actorales y teatrales, fue el punto de partida que daría meses más tarde origen al TUC.

Lo que vendrá después es la llegada de Ricardo Blume, un joven actor de los registros de la Asociación de Artistas Aficionados (AAA) con un *stage* en Madrid, quien con un maletín y una buena dosis de nerviosismo se hizo cargo de un grupo de estudiantes con quienes esbozó las líneas iniciales de una práctica escénica que dio sus primeros frutos con las obras *Tristán e Isolda*, de León Felipe, y *La tinaja*, de Luigi Pirandello, estrenadas el año 1961 en la sala de la AAA. Fue una etapa inicial de organización comprometida con el fervor y nuestro abierto y entusiasta compromiso. Fue una etapa de amistad, afectos, tensiones y sueños e ilusiones, que fueron regularmente cumplidos a través de montajes del teatro clásico español y autores peruanos y latinoamericanos.

La etapa que cubrió Blume en el TUC (1961-1968) fue de impulso inicial, válida, importante, con un serio compromiso de alumnos, actores, músicos, técnicos. Nada fue librado al azar, todo se jugó en el sano compromiso de un joven director, de alumnos que seguían sus especialidades en las aulas de la universidad y que distribuían su tiempo entre el



Los habladores, de Miguel de Cervantes, dirigida por Ricardo Blume (1962). En la foto aparecen Daniel Ulloa, Silvio de Ferrari y Humberto Medrano. La obra pertenece al programa *Un auto, un paso, un entremés*.

SILVIO DE FERRARI

Misterio bufo, de Darío Fo,
dirigida por Silvio de Ferrari
(1982).

En la foto, los actores
Oscar Lozano, Diana Levine y
Juan Pedro Laurie.



teatro, los ensayos, el derecho, la literatura, la historia, la filosofía, el periodismo y la educación. Es cierto que podría decirse que esta fue la fase heroica: un periodo donde se aplicó la seriedad, disciplina y puntualidad en los ensayos y el inicio del espectáculo a la hora indicada.

Me sorprendió en esta etapa inicial el hecho de que el grupo no manifestara mayor inquietud por lo político y lo social. Silenciosamente, me pregunté si el calor o incluso el delirio, la inquietud de hacer teatro, de crear, de fundar un teatro (los otros intentos válidos y reconocibles que habían tratado de hacerlo no llegaron a consolidarse) restó al grupo y tal vez a su director la inquietud de un contacto más amplio con la sociedad de su tiempo. Estos primeros ocho años fueron de construcción grupal, de muy pocos cursos, de una pedagogía de la dicción, actuación y en especial del verso español. No puedo dejar de cuestionar el empeño en un teatro de época, de buenos textos, pero alejado de toda inquietud social. Sujeto a una nueva conformación, bajo una nueva estructura, en el peligro de su desaparición, la preocupación inicial del TUC fue esencialmente lo teatral. Fue una época de aprendizaje en la que yo como uno de los responsables no considero calificativos mayores y menos aún homenajes y honores. Fuimos varios, le dedicamos nuestras horas de estudio, de reposo. Vivimos en el primer local de la Plaza Francia, luego en el del jirón Huancavelica, e inventamos tiempo sin tiempo, buscamos la comodidad en la incomodidad, para pasar luego al precario estado de una casona en el jirón Camaná, a pocos metros de la Plaza Francia.

Así, mientras un grupo de jóvenes construían un grupo cultural en medio de un centro histórico que poco a poco se degradaba y se tugurizaba, mientras las grandes salas de cine de la avenida Tacna, las

del Jirón de la Unión, las grandes tiendas por departamento de la Plaza Mayor y las relojerías de buen gusto burgués se retiraban del centro de Lima, los políticos de turno seguían firmes en su complicidad de hacernos creer en el buen gobierno, en la democracia política, olvidando hasta hoy que no existe democracia política sin democracia social. Es así como estudiantes de diversas facultades de la Universidad Católica en la década de los sesentas iniciaron con su juventud, entusiasmo y enorme amor, una aventura. La llevo en el corazón y esa aventura, nuestra aventura, continúa hasta nuestros días.

Aquello que siguió fue muy importante —diría sin arrepentirme—, mucho más importante que lo que habíamos iniciado. Podemos admitir que son periodos distintos en épocas diferentes, en un país diferente bajo un escenario sociocultural diferente. Estos cincuenta años son un sueño, una ilusión realizada, una locura con mucho de imaginación, como decían los surrealistas: «la loca de la casa». Hoy observo con serenidad todo lo que este esfuerzo inicial produjo, todo lo que vino después: gente de teatro, actores, directores, dramaturgos, técnicos, diseñadores de vestuario, escenógrafos que han cubierto tantos grupos teatrales, sets de TV y cine.

Veamos al TUC del año 2011 como parte de la Universidad Católica y de la cultura del espectáculo. Al final queda un recuerdo. El imborrable recuerdo de un hombre, artista, creador, humano en su diálogo, en la amistad y en su entrega al TUC: Marco Leclère. Marco ya no está, pero hoy está aquí con nosotros. A él y en nombre de todos aquellos que partieron van estas palabras finales recordando en justicia el célebre dicho bíblico: aquellos que citamos en estas últimas líneas siguen siendo los primeros.